

Y tambaleándose dió unos cuantos pasos por la estancia.

Antonio la cogió por la cintura y la besó en la frente.

—¡Pobre Nanina!—dijo tristemente.—¡No tener nada que darte, ni siquiera dinero para comprarte los necesarios medicamentos! ¡Por qué seré yo pobre!...

—Mira—dijo su amada—no te preocupes por esto. ¡Si tu quisieras dejarme trabajar—dijo á Antonio mirándole con amor y cogiendo sus manos, que retuvo entre las suyas—todo esto no pasaría!... Hoy mismo ha venido Raiguala, el empresario que más me asedia, á pedirme que fuese á representar aquella zarzuela que tanto te gusta y que se llama...

—No, nunca—dijo enérgicamente Antonio interrumpiéndola—tú no trabajarás. ¡El que tiene la culpa de todo esto soy yo, que no soy nada, que no tengo nada! ¡Miserable de mí!...

—¡No te acuerdas—preguntó Nanina queriendo calmar á Antonio—que en aquella zarzuela fué cuando te enamoraste de mí, y que me tiraste ramos de flores...

Y calló. Un violento acceso de tos la hizo enmudecer. Antonio se levantó furioso y dijo:

—Nanina, espérame, que vuelvo pronto. Voy á buscar dinerós á mis padres, y si me los niegan... ¡oh, si me los niegan!...

Y como un loco abandonó la casa.

Nanina quedó sola, pálida como un cadáver. Se levantó, se arregló la ropa, y disponiéndose á salir dijo abatida:

—¡Me ama demasiado, pobre Antonio! El lo hace todo por mí, y yo ¿qué hago por él? No, esto no puede durar, es necesario que acabe. ¡No importa que mi maldita angina me lo impida, debo trabajar!.

Y salió de su casa. Al ser al dintel de la puerta, un fuerte acceso de tos la hizo tambalear. Apoyóse en la pared, y cuando calmó sus tos, saliendo de su casa dijo decidida:

—¡A trabajar!...

### III

Pasaron dos horas, sin que nadie volviera á casa de la artista, al cabo de las cuales Antonio entró en ella, desconsolado.

—¡Nada!—dijo.—¡Corazones de roca! ¡Ni como á hijo me han querido reconocer! ¡Qué saben y entienden ellos de la miseria, del amor, del ansia por salvarme, por vivir amándose, si viven en medio de la prosa de la vida!... ¡No nos comprenderíamos nunca!...

Y se puso á sollozar como un niño. De pronto, dándose cuenta de que Nanina no estaba allí, empezó á buscar por todas partes y

llamándola á grandes voces, sin ningún resultado.

—¿Habrá huído de mí?—se preguntó?—No, esto no puede ser, sería demasiado horrible.

Y empezó á meditar y á sollozar. Pasó de esta manera mucho rato, hasta que al fin, dándose una palmada en la frente, dijo:

—Si, Raiguala, la contrata.

Y se disponía á salir cuando ruido de pasos en la escalera le hicieron retroceder. Varios admiradores de Nanina, traían á esta medio desmayada en brazos.

Antonio, con la vista extraviada, dijo:

—Aquí, en el sofá.

Los hombres colocaron á Nanina en donde había dicho Antonio, y se alejaron.

Al quedar solo, Antonio dirigiéndose á su amada, preguntó:

—Pero Nanina, ¿qué es esto?

Nanina, con la voz apagada, dijo en medio de violentos accesos de tos:

—Perdóname, Antonio. Sali á ver á Raiguala, me pidió por favor que trabajara esta noche, pues la tiple que tenía contratada no era del agrado del público, y accedí. La maldita tos afeó mi trabajo, y el público, esta fiera que aplaude hasta los grotescos gestos de triples insustanciales, con tal que sean bonitas, correspondió á mi labor con una silva. La tos, la emoción y el disgusto me desmayaron, y aquí me han traído, Antonio.

Sacó de debajo del corsé una bolsita con dinero, y dijo con reconcentrada ironía:

—Toma, aquí está lo que he ganado.

Y se puso á toser con fuerza, arrojando varias veces sangre por la boca.

Antonio, apesadumbrado, dijo:

—Nanina, me matas. ¿Por qué te movías de aquí? ¿Por el deseo de ganar dinero á costa de tu vida? ¿Qué importa el dinero, cuando nos amamos tanto y tan hondo, no es verdad Nanina?

La tiple no contestó. Antonio se acercó á ella y dijo llorando:

—¡Se muere!... ¡Nanina, Nanina, responde!...

La tiple abrió los ojos, y mirando á su amante, dijo agonizando.

—Adiós, Antonio, me muero. ¿No has hecho tú mil sacrificios por mí? Yo por ti solo he hecho uno... uno solo... Te amo... Antonio... Ámame...

Y expiró.

### IV

Al día siguiente dos coches esperaban en la puerta de la casa de la tiple. En el uno se co-